Un Transeúnte el Primero de Enero

Insula Ulloa

Capítulo 1

1 de enero de algún año de la posmodernidad.

Introducción

Las palabras relatadas en este texto cuentan con un valor verídico que se vivió hace mucho tiempo, entre las ciudades que ahora están atestadas de arboles, lagos y animales. Escrito en tiempo en donde actividades de los antiguos humanos eran de alto valor, donde los lujos sociales no se asoman ni por las curvas a lo que hoy día conocemos. Cada individuo que alberga un pequeño espacio de este planeta tiene el derecho a revivir la época que desee, siendo esto así, tenemos en cuenta el gusto del lector por la naturaleza y la vida en su profundidad como sentido alguno.

Mis sinceras disculpas a aquellos que no logren entender el texto. Y en el caso de que alguien posea una idea, un recuerdo, de lo sucedido, pido comunicarse de inmediato para mejorar la amplitud del texto.

Los nombres de los personajes quedaron en el olvido a medida que pasaba el tiempo, la arena iba tapando y ocultando la realidad, sin embargo las letras plasmadas en estas siguientes líneas, dejan a la imaginación con suficiente espacio para poder sacar sus propias conclusiones, dentro de un texto mítico, fantasioso o real.

"El sol teñía la ciudad, los edificios, las calles, las casas y el rostro de los transeúntes taciturnos. Y no lo entendió solo mi mente. La mente de ella también se vio involucrada. Y no pudo ocultar el sentimiento que llovía a cántaros dentro de su pensamiento". (Escritor. Sin nombre)

Y al otro lado del mundo, alguien que caminaba bajo la luz de la luna circunspecta, escribió esta historia, en un papel encontrado bajo una catástrofe, que finalmente se leyó así:

Capítulo 2

Un día como cualquiera, solo que este, quedó en las manos del misterio y el recuerdo. Como un secreto se mantendrá hasta el final de los tiempos. Y se dio paso a este día: Un día que viajaba por el torrente sanguíneo, en canoas de delicada balsa. Un día soleado con nubes amarillas.
La primera hora, dio alarma al año nuevo, la víspera esperada por millones de personas que dejan sus sueños en un deseo. Personas saltando, niños gritando, abuelas y abuelos abrazando a todo el mundo, personas comiendo. Los gritos de un continente subían hasta los surcos del cielo para ver la luz de la luna que contemplaba la inmensidad de la tierra. La cabeza me daba vueltas, y mis pies no mantenían el equilibrio que se requiere para estar de pie. Un vaso de agua y un mensaje de esa mujer que el destino había avisado previo a su llegada, fueron cruciales para mi estabilización. El mensaje era corto pero sustancioso, un feliz año y una invitación para vernos al día siguiente. Por las calles el aire dejaba ver el arte natural, moviendo escombros y basura regada por el suelo, después de una noche de basta fiesta.
Después de la celebración logré asistir a mi casa. Para mi fortuna el tiempo no se detuvo, y en la mañana logré bañarme arreglarme y hacer justicia al alimento que se servía en la mesa de madera, hecho por las manos delicadas de una madre preocupada. Puedo recordar que el cansancio, abatía los minutos que separaban la hora acordada, para que me encontrara con la mujer que ocupaba mi batería mental.
Todos tenemos claro que el transporte en un día de víspera, tiende a ser pésimo, y bajo el sol ardiente que quemaba los árboles, esperé y esperé. Al fin la ruta llegó con ansiedad. Llevándome con prisa a ese lugar que en dos mensajes habíamos acordado.
En mi memoria se tatuó la manera en cómo la encontré sentada. El borde de su cuerpo parecía arder de tanta energía. Y mis deseos se hicieron realidad cuando me dio un abrazo que produjo una descarga eléctrica por toda mi médula. Nuestros pies balanceándose simultáneamente nos llevaron a apagar la sed que corría por mi cuerpo, después de tomar hasta la última gota de una botella de Ron en la noche anterior, noche en la cual perdí la cabeza, y mis vagos recuerdos solo revelan unos minutos.
La escuchaba sin cesar, la miraba casi sin parpadear -Cabe hacer una aclaración, y es que la risa bifurca el mal y el bien, y acuesta al ser humano en lo desconocido-. Pues sí, entre las risas más fuertes que pueden escuchar se halla la de esta mujer. Al fin encontramos entre estantes de ventas y personas tranquilizadas por los nuevos vientos del año, un jugo con el suficiente azúcar para revivir el parlanchín interior, y

un agua para la sed vespertina. Nuestros cuerpos agradecidos se acomodaron en dos sillas, una frente a la otra, poniéndonos en una batalla de miradas e ideas inmarchitables; con una sincronización que se posaba en nuestras mentes. Bebimos sonriendo hasta el último sorbo. Conté historias y el cerebro me llevó hasta la luna, y ella venía conmigo, no corriendo ni caminando sino elevándose por las nubes hasta tocar las estrellas. Hablamos, hablamos y hablamos. Y de vez en cuando nuestros dedos se rosaban. Pasándonos una electricidad suave que nuestra piel sentía placentera.
Una comunidad solo se puede construir bajo los lazos del estremecedor encuentro de dos individuos, llenos de letras que conforman palabras en sus cerebros, y así sucesivamente, pasando de uno en uno, hasta alcanzar las redes de una civilización.
Mi sed corporal se había saciado pero la sed que tenía por seguir imaginando a su lado parecía incrementarse vertiginosamente ante el rose que tenían nuestras miradas bajo la luz artificial.
La hora de entrada al trabajo de ella, limitaba nuestro encuentro y aceleradamente iban y venían palabras ocultando el paso de los segundos...

(Esta historia dejó a los personajes sin base alguna, deformó el suelo y los dejó levitando en el vacío. Quien se pregunte por su existencia tendrá que buscar en las huellas del pasado, en una ciudad contaminada donde estos jóvenes corrían en contra del viento y la corriente.
Se pide al lector no pierda la trama, que llegue al desenlace con el mismo ímpetu que empezó esta lectura, y que no confíe en su pensamiento intuitivo para relacionar la historia. Que la veracidad de esta historia, no solo quede en la mente de cada uno de los que descifra estas letras, sino también en la sensación viva del pensar y el existir. Y que antes de que la culminación pase al frente del escenario, exista tal reflexión que pretende el escritor. Que ha dejado que este papel corra por los vientos, hacia el norte, sur, oeste y este).

Capítulo 3

El tiempo pende de un hilo en la imaginación

Salimos huyendo de donde nos encontrábamos, el ambiente había dejado su tranquilidad en otra estación. Subimos las escaleras plateadas hasta llegar al siguiente piso, ahí nos quedamos, y telepáticamente acordamos un lugar para sentarnos, uno al lado del otro, sintiendo nuestros cuerpos sobre la ropa.

El tema del cual se hablaba iba en ascenso, hasta el piso de la tensión. Mis palabras se entrelazaban con aquella imaginación que poseía esa mujer. Y mi corazón se aceleraba como si el acelerador de un vehículo fuera hasta el fondo con cada cambio. Ojalá en ese momento nos hubiésemos besado. Arpas hubiesen sonado y violines hubiesen vibrado en una larga redonda. Pero su rostro giró en un movimiento brusco, rechazando mis labios. Y mi beso aterrizó en su mejilla blanca y suave, con olor a coco dulce.
Las dudas me invadieron, y a ella igual, abriendo las puertas a un torrente de preguntas, dejando que la conversación fluyera, desde el nacedero de un río, hasta la profundidad del mar azulado por culpa de los cielos. Trucábamos las palabras para darle un matiz violeta a la conversación y así entender uno a uno lo que viajaba en el pensamiento del otro.
Mis intentos por besarla siguieron hasta desistir y querer perder la batalla, tirar la toalla y dejar mi cuerpo y mente entre rejas repletas de óxido y goteras del techo putrefactas.
Ella se posó en mis ideas y yo me posé en las de ella hasta sumergirme en su laberinto, tratando de buscar la llave que abriera su corazón. Luego perdido entre el laberinto, sin luz y lleno de paredes, decidí mirar hacia el cielo, y entre la oscuridad del firmamento venía cayendo como un asteroide una frase aterradora, "te voy a dejar"-dijo-. En mi pecho se abrió un agujero negro que consumía mis intestinos y me desestabilizó profundamente. Hablamos, hablamos y hablamos... Las palabras se habían vuelto la conexión más directa con el arte, y nuestros ojos se abrían más a la profundidad de las cosas que tratábamos. Y pasado el tiempo las palabras de ella tomaron otro matiz, uno que me impresionó. Y no puedo creer en qué momento ella solo dijo, recapacitando de todo lo dicho anteriormente, y tomando en acción la situación, "me dejaré llevar, y que pase lo que tenga que pasar". Refiriéndose a nosotros dos. Cuando esas palabras sonaron dentro de mi, ángeles y demonios unieron sus instrumentos para tocar al unísono, y entre danzas hicieron que mi pensamiento vibrara con tal intensidad que frente de nosotros, el restaurante de carnes, que había permanecido abierto y en completa calma, colocó la música hasta ese momento. Con

un volumen perfecto, como si el director de la película hubiese puesto la música de fondo en el momento idílico. Una canción de salsa con letra inigualable.
Los ojos de ella y mis ojos colapsaron, parecían trémulos. Y mi corazón volvió a subir el tiempo a la métrica de la canción. Quedaban escasos minutos para el final de la partida. Solo impresionados, nos quedamos mirando uno el rostro del otro, los ojos brillantes de ella parecían hacer mover las manos de Beethoven.
Ella se levantó primero. Me pidió que me levantará. Yo era un poco más alto que ella, y en el lienzo de un pintor la escena: ella frente a mi, el primer día del año; era enternecedora. Se dibujó entonces un beso que nos unió. Un beso que jamás ninguno de los dos había dado, un beso que dentro de nuestras cavidades neuronales duró siglos, viajó hasta el principio y fin del universo, y aterrizó en el presente.
Y en ese entonces, ella solo me dijo "adiós", con síntoma de una sinfonía en la mente de un sordomudo. Callando la emoción que pude sentir en el momento, un nudo en el estómago y en la garganta ataron mis palabras; mis ojos líquidos y temblorosos la miraron. La apreciaron hasta la saciedad.
Se fue con ritmo lento, y mis pies se alejaron de los pies de ella.

Capítulo 4

...

Caminé, caminé y caminé... Con un cigarrillo en la mano derecha, que pasaba por mi boca aspirando el humo hasta mis pulmones; me acompañó interminables calles. El sol se posaba en las nubes escasas, que como arquitectos dejaban estructuras versátiles ante los ojos de las pocas personas que daban pasos bajo los cielos capitalinos.
Pensé, en qué había pasado una y otra vez. Tomé nota desesperadamente de todo el día, y de mi primer beso en el año, un beso que me dio las fuerzas para ponerle tinta a estas ideas, y tonalidad a mis canciones.
Las personas caminaban solas, lento y rápido, entrecortando el tiempo, el viento y las miradas de con quien se cruzaban; pasaban sobre las baldosas, que hacían un ruido al golpeteo de los zapatos en el duro asfalto.
Mientras yo caminaba hacia el oriente el viento soplaba hacia el occidente en dirección a aquella mujer, empujándome a dar la vuelta y darle otro beso, uno que me elevara hasta un planeta con un atardecer morado y naranja, en mitad del océano. Quedando como un espejo natural en donde las estrellas veían cuán hermosas eran. En donde las rosas, la amapola, el girasol y el junco cantaban y resonaban hasta el Olimpo.
Subí al transporte público otra vez, con los pies y la energía suficiente para volver por esa mujer que impulsa estas letras. Pero seguí mi camino, con las ideas corriendo por este cerebro. Tomé mi cuaderno y escribí sin parar.
Las palabras tienen un tono, uno celestial, uno que comprenden pocos. Entre ritmos y melodías se hizo esto que se lee en calma y ansiedad.
Cada vez menos personas arribaban el transporte, y la ciudad vacía mostraba la melancolía del ocaso, que arpegiaba un La menor suspendido.

Al fin llegué a mi puerta, pasando por los saludos de los colegas y conocidos. Por el ascensor que ascendía con furia, y por la familia que cualquier humano podría haber deseado.
Habían pasado tres horas, había comido y no había parado de escribir. Solté el lápiz por un momento solo para darle rienda suelta a la imaginación, y volví laboriosamente a firmar la última nota de este texto. Que no es más sino una insinuación dedicada a la belleza del sentir, a la magnitud del arte y al bello encuentro de dos rostros por el espacio sideral.

Capítulo 5

La guitarra se conectó y la batería marcó al ritmo del jazz. La partida quedó inconexa. Está trucando el caer del sol, para dar paso a la luna. Mis especulaciones al respecto se ven afectadas por el cruzar de mensajes indirectos, entre los de ella y los míos. Mis pies se estiraron y tocaron el tapete caliente. Mientras los de ella, reciben a diestra y siniestra zapateos en salas de cine, abarrotadas de niños extrovertidos y padres alegres.
Me he distraído lo suficiente para dar punto final a este texto, y ahora que llega la hora no quiero dejar la hoja blanca, amarillada por la luz artificial. Quisiera acompañarla por la eternidad, pero me veo limitado por el paso de los días. Pues la vida desconoce un futuro, cuando predomina lo no perecedero.
Con intensidad se han escrito estas palabras, que anhelan con fuerza volver a ver los ojos brillantes de aquella mujer, que se guardará en la imaginación de cualquiera que se estrelle con esto, y antes de darle la estocada final habrá que describir, a la mujer que se ha venido narrando en este fraseo. Con cuerpo blanco como las nubes, pueden estas resaltar tan dichosos ojos, que inmarcesibles vibran al sonar las campanas de las seis. El cabello lacio le da una pincelada perfecta a la redondez de su rostro, que cuando se altera, actúa o se ríe hace que los lirios acuáticos se muevan en pequeñas vibraciones, oscilaciones, que en el agua quedan marcadas. Sus manos suaves y con el olor de una fruta tropical, manejan con delicadeza lápices, colores, pinceles y esponjas, para dar vida a lo que nos dio la vida, el arte.

Fin.

Epílogo

El texto fue escrito miles de años atrás, cuando la humanidad fumaba con tranquilidad, hablaba con personas y dibujaban con la mano huesuda. Tenían sexo y se reproducían de esa forma. Las letras fueron halladas en la cabina de un avión enterrado en una isla cercana a Honduras del siglo XXI. Un accidente enigmático en donde tres aviones cayeron al mismo tiempo en tres partes de mundo. Uno el Portugal y el otro en Nepal. Todos murieron.

Se han escrito especulaciones al respecto, teorías que conspiran en contra del gobierno y otras que hablan de la llegada de un dios de los cielos, cosas poco entendibles para nuestros días. En la investigación de la caída del avión se decía que tenía rumbo California, una ciudad eminente en

tiempos actuales, que en aquel entonces recibía miles de personas del mundo entero cuando los continentes eran tan grandes.
La época que partió a la humanidad dejó no solo esta carta, sino a millones de personas al vacío de la existencia ante la revelación de su inferioridad humana. La raza humana cayó bajo el dominio de una cultura que vigilaba el movimiento de los individuos y sus sensaciones. Pero en la memoria de muchos fallecidos antes del siglo XXII quedó la sensación del dolor, del amor, la tristeza y la alegría. Un silencio por aquellos que eran humanos. Eran nuestros hermanos.